

AQUINAS

REVISTA DE EDUCACIÓN

AÑO I • VOLUMEN 1 • JUNIO 2020



EDITORIAL

MARIANELA QUIROGA
DE AMIEVA

STATUS VIATORIS:
El sentido pedagógico y
purificador del *viaje*

ANA C. GALIANO MOYANO

LA AVENTURA DE LEER.
Vivir contemplativamente
la Belleza.

GASTÓN H. GUEVARA

Directora del
Centro de Estudios Educativos “Rigans Montes”
Esp. Marianela Quiroga de Amieva

Director de la Revista
Lic. Gastón H. Guevara

Comité Académico
Dr. Antonio Caponnetto
Dr. Jorge N. Ferro
Dr. Carlos D. Lasa
Dr. Ernesto Alonso
Dr. Jordán Abud
Dra. Graciela Hernández de Lamas
Ing. Hugo Ryckeboer

Comité Editorial
Lic. Ana C. Galiano Moyano
Lic. Fabricio Loor

ISSN: En trámite.

Índice

Editorial	6
La aventura de leer. Vivir contemplativamente la Belleza Gastón H. Guevara	7
<i>Status viatoris</i> : el sentido pedagógico y purificador del <i>viaje</i> Ana Carolina Galiano Moyano	16
Educación en la Belleza Jorge Bosco	23
Una propuesta para la enseñanza de la Matemática desde una filosofía realista Roberto Pablo Arribillaga	31

Editorial

El Centro de Estudios Educativos *Rigans Montes* surge de la sincera inquietud por el estudio. Es éste el alma del centro y su principal misión. En esta medida, la investigación se convierte en un compromiso que el Centro asume como propio. La misma se entiende como el medio más efectivo para lograr una formación cada vez más sólida. Formación que se acrecienta con el cumplimiento de un segundo gran propósito: la proyección social. Es por ello que es nuestra preocupación, también, llevar a diferentes rincones, aquello que se nos ha mostrado. Esta Revista es un modo de hacerlo. La pedagogía que sostenemos, hunde sus raíces en la filosofía realista, siendo Aristóteles y Santo Tomás nuestros grandes maestros. Como ellos, todos aquellos pensadores que los han seguido, se convierten en los *gigantes* sobre cuyos hombros nos paramos para ver más lejos.

Es así, que entendemos que esta revista en un modo inicial de propagar esos saberes y mostrar que -en el siglo XXI- los mismos se encuentran más vigentes que nunca. Aún más, se convierten en un marco fundamental para comprender y dar respuesta a los grandes problemas que nos aquejan. La educación atraviesa toda la vida del hombre y en esta medida procuraremos abordar la cuestión desde diferentes aspectos en el campo de la educación. Es por ello que el Centro no cierra sus puertas a otras personas. Aún más, la Revista que aquí presentamos cuenta con un Comité Académico y un Equipo Editor que se ponen al servicio del crecimiento de la misma, valorando todo trabajo de miembro externo que tenga intención de publicar.

Agradecemos a quienes nos han incentivado desde el inicio y nos apoyan en la actualidad; y nos encomendamos a sus oraciones para que siempre podamos ser fieles testigos y servidores de la Verdad.

Marianela Quiroga de Amieva

Directora del C. E. E. *Rigans Montes*

La aventura de leer. Vivir contemplativamente la Belleza

Gastón H. Guevara ¹

Resumen

Leer no puede ser tan solo decodificar signos, interpretar un oscuro código lingüístico. Si bien es esto, *puede* ser mucho más. Esto último es lo que pretendemos mostrar en este artículo. Lo primero en lo que nos detendremos es en la idea de lectura como aventura. Leer debe permitir aventurarnos, lo que en otras palabras quiere decir, salir de sí mismos, no para evadirnos sino para encontrarnos y así retornar transfigurados a nuestras hondonadas. Por ello introducir a nuestros niños y jóvenes en la experiencia de la lectura les permitirá recuperar el mundo en todo su esplendor. Esplendor que es fruto del insondable Misterio. Pero no cualquier lectura nos abre al Misterio, acaso únicamente las lecturas que permiten esto son aquellas que tienen por principio el juego y la fiesta. Ambas suponen instalarse en un *entretanto*, en un *tiempo libre* -ocio- de toda utilidad externa a sí misma. Si la lectura es *juego* y es *fiesta*, llena de sentido y ajena a todo *por* y *para*, entonces en ella hay recreación del alma lectora, hay dilatación espiritual, hay alegría y hay, en definitiva, un vivir contemplativamente la Belleza.

Palabras claves: Lectura, Juego, Fiesta, Misterio, Belleza

¹Prof. y Lic. en Ciencias de la Educación por la UNSL. Diplomado en Pensamiento Tomista por la UFASTA. Miembro fundador del Centro de Estudios Educativos "Rigans Montes". Director de la revista "Aquinas. Revista de educación". Jefe de Trabajos Prácticos en la cátedra de Filosofía de la Educación en las carreras de Prof. y Lic. en Educación Inicial y Prof. y Lic. en Ciencias de la educación y de Epistemología en las carreras de Prof. y Lic. en Educación Inicial FCH, UNSL. Correo electrónico: gastonhguevara@gmail.com

La aventura consiste en una búsqueda, es salir para encontrar alguna cosa. A veces esa aventura es indeseada, pues implica el abandono de lo rutinario, de aquello sobre lo cual tengo control, o creo tenerlo porque en realidad eso que tengo me controla. Y hay algo más, toda aventura trae consigo, como algo inseparable, *peligro*. Y el peligro es un riesgo que ha de correrse para hallar aquello por lo cual se inició la aventura.

Dijimos que la aventura implica un hallar, pero también, y más importante, involucra un hallarse. Permitásenos recurrir para explicar este *hallarse* a la palabra *experiencia*; la cual remite, entre innumerables acepciones, a *viaje*. Toda experiencia comporta precisamente un salir, un comenzar a transitar ciertos caminos. En la experiencia somos nosotros los que penetramos en la realidad; hasta podemos decir que ella y nosotros somos una y la misma cosa y podemos darle sentido a lo que conocemos, saber lo que las cosas son. Nos ponemos en presencia del objeto, lo vivimos y vivimos con él. La experiencia, así vistas las cosas, no es solamente algo que pasa, sino que es algo que *nos pasa*. Nos conmueve hasta lo más profundo de nuestro ser. Y es justamente en la experiencia cuando la inteligencia infantil queda atrapada, inmersa en el contenido que se le presenta. Pero lo más importante de salir de viaje, de seguir el camino de la aventura, es el *regreso*. Mas quien regresa, si verdaderamente ha pasado por la experiencia, ya no es el mismo, se ha transformado y en esa transformación se ha hallado a sí mismo. Así lo entendió ese genio que fue J.R.R. Tolkien cuando traza con pluma maestra la aventura de Bilbo Bolsón. Éste salió en busca de una aventura, pero sin siquiera quererla, porque *«hasta el final de sus días no alcanzó a recordar cómo se encontró fuera, sin sombrero, bastón o dinero»*.² Esa aventura, esa *ida y vuelta*, como el mismo Bilbo llamó a ese viaje, lo transfiguraron totalmente: *«no eres el hobbit que eras antes»*,³ le dijo Gandalf en la última jornada de regreso a La Comarca. Claro que no era el mismo, no podía serlo, había crecido espiritualmente. Ahora sí podía vivir una vida realmente sencilla y no chata y aburguesada como aquella previa a la aventura; ahora sí podía entender que una buena comida o una buena cerveza en compañía amical o fumar pipa con el mejor tabaco de la Cuaderna del Sur son más valiosas que todo el oro amontonado en Erebor... ahora sí comprendía. Por eso el señor Bolsón al contemplar cielo, montes y arroyos de La Comarca a su regreso pudo cantar:⁴

«(...)

*Los caminos siguen avanzando
bajo las nubes, y las estrellas,
pero los pies que han echado a andar
regresan por fin al hogar lejano.
Los ojos que fuegos y espadas han visto,
y horrores en salones de piedra,*

²TOLKIEN J.R.R. *El hobbit*. Minotauro, Bs. As., 2014, p. 37.

³Ibidem., p. 281.

⁴Ibidem., pp. 280-281.

*miran por fin las praderas verdes,
colinas y árboles conocidos».*

Una vez llegados a este punto podemos preguntarnos ¿Cómo constituyen los niños y jóvenes su experiencia frente a la lectura? ¿Qué piensan y qué sienten a la hora de leer cuentos, mitos, relatos, fábulas? ¿Qué acontece en su alma cuando recorren el infantil paisaje de los mitos? ¿Puede la lectura convertirse en una aventura?

II. La lectura como umbral hacia la aventura

La experiencia de la lectura no puede ser sustituida ni siquiera por los aparatos tecnológicos más sofisticados. No existe nada, ni la televisión, ni los videojuegos, ni ninguna otra cosa que haya superado un buen cuento que empiece con “Érase una vez...”. Este “Érase una vez” es la puerta a un mundo mágico:

*«Ancho, alto y profundo es el reino de los cuentos de hadas, lleno todo él de cosas diversas: hay allí toda suerte de bestias y pájaros; mares sin riberas e incontables estrellas; belleza que embelesa y un peligro siempre presente; la alegría, lo mismo que la tristeza, son afiladas como espadas».*⁵

Mas este mundo mágico sólo se hace real porque quien lo escucha lo considera tan evidente como el hecho de estar respirando. Lo que escucha e imagina raudamente es dotado de entidad, y se trasporta por su imaginación a un mundo igual o más real que el que habita. Es tan real que así como se asusta con solo nombrar al lobo, se regocija indisimuladamente cuando aparece el héroe salvador. Esto es posible porque el fuego de los cuentos es encendido por el primigenio asombro del niño. Todo cobra vida, el bastón del abuelo se escucha relinchar, dos ramas que se cruzan lanzan el clamor de espadas en combate, los árboles hablan entre ellos, el reloj, la tetera, y la taza salen a pasear.

Un buen libro puede hacernos entrar en la experiencia de otro ser, del cual nos apropiamos, pero que por una magia particular, también nos apropia. En todo libro, o mejor, todo libro, tiene una pretensión: realizarse en un alma, *pervivir* en un alma. Nos hacen participar de otra época, de otro espacio, de otro mundo, de otras existencias. Podemos viajar y vivir. Nos permite entender el mundo, al prójimo y a mí mismo. Profundizar y meditar los problemas eternos del pecado y de la gracia, del bien y del mal, de la verdad y del error, de la belleza y la fealdad, del amor y del odio. Será por eso que los libros son como los amigos: pocos, pero buenos. Siempre es oportuno que tengamos esos libros de cabecera a la mano, para recurrir a ellos, a sus historias, a sus personajes, con el mismo ánimo que la primera vez, pero ahora con más camino recorrido. De esta manera,

⁵“Sobre los cuentos de hadas”, p. 13. Citado por: IBÁÑEZ HLAWACZEK, H. *El árbol y las hojas: J.R.R. Tolkien. Una estética lingüística*. UNSTA-Vórtice, Bs. As., 2013, pp. 239-240.

como ha dicho el genial Chesterton, evitaremos ser puramente modernos, es decir, condenados a la estrechez.⁶

III. Realidad y fantasía

Nos permitimos hacer un breve descanso para preguntarnos si acaso hablar de mitos, leyendas, héroes y princesas no es mentirles a los niños. Deberíamos responder esta objeción planteando que existe un falso planteo del problema. Realidad y fantasía no se contraponen. De hecho son dos pilares sobre los que se asienta la vida del niño, primero de manera indiferenciada y luego marcando distinción entre una y otra. Por ejemplo, para un adulto un palo es un palo, pero para el niño que toma un palo pueden surgir una espada, una escopeta, un caballo y todo en cuestión de momentos y durante el mismo juego. El niño es una especie de *Orfeo* que con el arpa de su imaginación da vida a lo que toca: animales, plantas, piedras.

Estamos en presencia del “estadio poético”,⁷ un estado de inmediatez donde no hay una distinción de lo otro de sí –sujeto–objeto–. Nos interesa aquí rescatar el hecho de que en su mundo todo es *cierto*,⁸ no conoce lo falso, tampoco lo verdadero en sentido lógico. Por eso, podrán aceptar como *cierta* la existencia del País de Nunca Jamás, o la Tierra de Oz. Y esto durante el tiempo que dure el *encanto* de la infancia. Lamentablemente el mundo del niño prístino, pulcro y límpido cada vez más rápido se contamina con lo in-mundo y el infante es condenado al ostracismo de su patria primera. Justamente por esto es que Peter Pan escapa de casa de sus padres: «Fue porque oí a mis padres hablando de lo que yo iba a ser cuando me hiciera un hombre».⁹ Aquí el niño Peter expone como sus padres desecharan su niñez en pro del futuro y ya adulto Peter. Retomemos el curso de lo expuesto, habíamos dicho que para el niño aún no existe el mundo lógico –adecuación inteligencia realidad–, sino que todo es cierto para él. De ahí la vital responsabilidad de los padres de proteger amorosamente el mundo del niño y de no trocar lo cristalino en opaco.

Por otra parte, si hay algo genial en este mundo de fantasía es la posibilidad que tiene de poder recuperar con todo el volumen el mundo real recreándonos a nosotros mismos. Como bien ha dicho Tolkien:¹⁰

«Deberíamos volver nuestra mirada al verde y ser capaces de quedarnos de nuevo extasiados –pero no ciegos– ante el azul, el rojo y el amarillo. Deberíamos salir al encuentro de centauros y dragones, y quizás así, de pronto, fijaríamos nuestra atención, como los pastores de antaño, en las ovejas, los perros, los caballos (...) y los lobos. Los cuentos de hadas nos ayudan a completar esta renovación».

⁶Cfr. *El hombre común*. Editorial Heroica, Trad. Ada Franco, Bs. As., 1958, p. 27. No es casualidad el uso de este adjetivo para calificar al hombre moderno, porque éste es un hombre *angustiado*, forzado a existir entre los aprietos y menesteres de los negocios, sin posibilidad de ensanchar el espíritu.

⁷Cfr. CATURELLI, A. *Reflexiones para una filosofía cristiana de la educación*. Dirección General de Publicaciones U.N.Córdoba, Córdoba, 1982, p. 97 y ss. Caturelli desarrolla esta categoría siguiendo a Giambattista Vico.

⁸Recordemos que la certeza es el estado del espíritu que consiste en prestar adhesión firme, sin temor a equivocarse, a un juicio tenido por verdadero.

⁹BARRIE, J.M. *Peter Pan*. Alfaguara, Trad. Gabriela Bustelo, Bs. As., 2019, p. 37.

¹⁰“Sobre los cuentos de hadas”, pp. 70-72. Citado por: IBÁÑEZ HLAWACZEK, H., op. cit., p. 249.

Y renovarnos es estar viviendo lo que hemos leído, lo que hemos comprendido, de ello nace el gran gozo de la contemplación que no es otra cosa que mantenernos en la edad aquella en que vivir es soñar.

Respecto a lo que venimos glosando, Paul Hazard nos dice: «Imaginar no es solo su primer deleite: es el signo de su libertad, su vital impulso. No los frena aun la razón».¹¹ La razón a la que hace referencia Hazard es esa razón, que según Chesterton,¹² vuelve loco al hombre y lo hace transitar la estrechez de su círculo perfecto; siempre tiene una respuesta a todo, lógica, racional, satisfactoria. Ese es el motivo principal por el cual se encuentra preso, tiene la loca idea de que puede cubrirlo todo, comprenderlo todo. Este racionalista es un sofista inmovible, ni la más saludable fantasía penetra en su sólido caparazón. Y la educación que proponen es aquella mide, cuantifica, numera, saca rédito, ganancia. Respecto de ello, dice tristemente Peter Pan cuando Wendy le consulta por las hadas: «Los niños de hoy saben tanto que enseguida dejan de creer en las hadas».¹³

A esto que venimos diciendo podemos encontrarle como fundamento dos grandísimos males: el orgullo de la razón y, como producto de ello, la negación del Misterio. La realidad ya no es misteriosa para el racionalista moderno: primero, porque el hombre está cierto de que se puede correr ese velo creado, según ellos, por la “armazón mítica” del misterio y de la fe. Segundo, porque al negar toda validez al conocimiento no científico, ingenuamente creen haber destituido y hecho desaparecer el misterio.¹⁴

A los racionalistas de toda laya les responde León Bloy: «No se puede prescindir del Misterio. Se puede vivir sin pan, sin vino, sin techo, sin amor, sin una dicha temporal, mas no se puede vivir sin el Misterio».¹⁵ No se advierte que el ente es siempre misterioso. No se advierte que la existencia misma es misteriosa. Misteriosa la identidad de cada persona. Incomprensible que yo exista o deje de existir. El que las cosas sean así y no de otra manera. «El ser está envuelto en misterio. Y tanto, que mirarlo causa admiración y veneración. El hombre racional de la ciencia moderna ha abolido el misterio, y con él la admiración y la veneración ante el ser».¹⁶

No debemos dudar que la lectura de lo real pasa por lo imaginario: la poesía, los cuentos, la música, permitirán enriquecer la imaginación para que lo real se vea enriquecido y a la vez observado con la anchura y la profundidad que le es menester.

IV. La lectura como juego

A la hora de elegir un libro para nuestros niños debemos tener, al menos, una somera noción de lo

¹¹ HAZARD, P. *Los libros, los niños y los hombres*. Trad. M. Mannet, 3ª ed., Editorial Juventud, Barcelona, 1977, pp. 12-13.

¹² Cfr. *Ortodoxia*. Trad. José Quarracino, San Pablo, Bs. As., 2008, p. 22 y ss.

¹³ BARRIE, J. M., op. cit., p. 38.

¹⁴ Cfr. PITHOD, A. *Dios y el hombre contemporáneo*. Grupo Editor Latinoamericano, Bs. As., 1993, p. 24.

¹⁵ De la introducción al libro de Pieter van Der Meer de Walcheren, *Nostalgia de Dios*. Ediciones Carlos Lohlé, Bs. As., 1955, p. 7.

¹⁶ PITHOD, A., op. cit., p. 24.

que es la vida infantil, conociendo el paisaje y los objetos que pueblan su mundo y no suponer que ella es algo sin sentido, intentando sumergirla en nuestro mundo de personas mayores, ya que esto lo único que da como resultado es la pronta desaparición de la ingenuidad, la inocencia y el candor infantil. Debemos, en primer lugar, conocer el paisaje natural que rodea al niño y, también conocer su interioridad. Respetando ante todo el valor eminente del juego en su vida.

Detengámonos un poco en reivindicar a la literatura como juego. Digamos primero que la finalidad del juego es inmanente al juego mismo, que es lo mismo que decir que no tiene una finalidad útil y extrínseca, pero está cargado de *sentido*. Lo que significa que no tienen una finalidad práctica, «*pero tienen un sentido, y éste radica en el hecho de ser lo que realmente son, sin pretender extender su acción fuera de ellas mismas*». ¹⁷ El juego carece de propósito transeúnte, y es presentado como un recinto curativo y liberador. Es un *tiempo libre* de las utilidades que propone el *tiempo productivo* de la sociedad y el mercado. Esto es propio de la verdadera literatura, de aquella literatura que alimenta el alma. La literatura que no es juego no es digna de darse a los niños, es decir, que se comprenda «*que el ejercicio de la inteligencia y de la misma razón puede y debe tener otras finalidades que lo inmediatamente útil y práctico*». ¹⁸

Debemos agregar otro vínculo estrecho con la literatura y por la cual los niños aceptan un cuento fantástico: las reglas. El mundo fantástico, así como el juego, vive por sus reglas, se construye y se sustenta en esas reglas, en esas leyes; y es completamente válido en cuanto se entra a él y se disuelve cuando se acaba el juego, cuando se cierra el libro. El inteligente y sagaz Chesterton denominó a esto “Doctrina de la alegría condicional”. Todo el mágico mundo de las hadas, la felicidad en ese mundo pende de un hilo, de una *condición* que debe cumplirse o por el contrario todos los males del mundo se precipitan. En el mundo de las hadas, como en el nuestro «*la felicidad dependía de **no hacer algo** que podía hacerse en cualquier momento y que, con mucha frecuencia, no era obvio por qué no debía ser hecho*». ¹⁹ Y esto a Chesterton, como a los demás niños, no le parecía injusto. Y no lo es porque *así* funciona ese mundo.

V. La lectura que es fiesta

A medida que la lectura se hace más asidua, naturalmente la muda sonoridad de la palabra escrita se irá convirtiendo en una diáfana resonancia que irradia la perfección de las cosas y su belleza. El talante festival trae a los rostros la risa jovial, se hace patente ante nosotros una claridad. Porque si el escritor escribe bien y bellamente, en sus palabras vibrará el ritmo armónico de la Creación y su fuego consumirá el alma del lector ¿Acaso no hay libros que son pura *fiesta*²⁰ para el espíritu?

¹⁷El Espíritu de la Liturgia y el Talante Simbólico de la Liturgia. Ágape, Bs. As., 2005, p. 83.

¹⁸HAZARD, P., op. cit., p. 73.

¹⁹CHESTERTON, G.K. *Ortodoxia*, op. cit., p. 67. (El subrayado es nuestro).

²⁰Para la elaboración de este apartado seguimos la obra: PIEPER, J. *Una teoría de la fiesta*. Rialp, Madrid, 1974.

La fiesta es un remedio para salir del tedio, de la estrechez –propia del mundo moderno, lo dijimos más arriba–, ese oscuro y angustioso estado de ánimo que hace que nos arrastremos, que sostengamos sobre nuestras espaldas la monotonía de un tiempo cronológico –*Chrónos*– que nos devora. Este tiempo festivo, mientras dure, porque si bien es otro tiempo, uno vertical y extraordinario, se da *en* el tiempo, plenifica y rejuvenece. Luego el festivo estado de ánimo es la proyección hacia el exterior del refulgente gozo íntimo que señorea el alma.

Hay fiesta cuando estamos libres de las preocupaciones diarias, del trabajo servil. Porque el tiempo de la fiesta es un *tiempo otro*, un *entretanto*, un tiempo *inútil*. Si la lectura es *fiesta*, llena de sentido y ajena a todo *por* y *para*, entonces en ella hay recreación del alma lectora, hay dilatación espiritual, hay alegría. El alma que ha gozado de una buena y bella lectura ya no es la misma, esas palabras leídas tienen la fuerza de modelar el alma. A esto apunta una buena lectura, a contemplar la Belleza, y no tan sólo, que sería lo primario, al desarrollo del lenguaje, la alfabetización y ciertas habilidades sociales.

Hay lecturas que nos permiten *ver*, traer a la mirada el fundamento oculto del mundo, el fundamento divino. Y quien conoce este fundamento conoce la verdad y ésta última se convierte en un aguijón que troca la existencia toda: ya no puede actuar de la misma manera, tiene que cambiar, girar el ojo de su alma hacia esa verdad que ha contemplado. Así lo ha dicho bellamente Laín Entralgo:²¹

«Siempre que merced a un libro hemos vagado por el campo del ensueño (...) volvemos a nosotros mismos más jóvenes, más ágiles, mejor dispuestos para la vida que no es un sueño; en una palabra, recreados».

Haciendo un ejercicio de separación y vuelta sobre sí mismo, baste verse a uno mismo leer, por ejemplo, la *Iliada* o la *Odisea*; nos sentimos familiarizados con los personajes: con Héctor y Andrómaca o Paris y Helena sufrimos y reímos; con Ulises y Telémaco nos alegramos y nos entristecemos. Hasta nuestro cuerpo refleja la tensión, el drama, o la alegría. Esto es así porque las lecturas nos enseñan a amar las cosas y los hombres. Quién alguna vez no ha querido ser un valiente mosquetero, o un avezado corsario. Quién alguna vez no ha querido ser un intrépido jinete de Rohan dispuesto a cargar en los Campos de Pelennor cuando Théoden erguido y orgulloso sobre los estribos de su corcel lanza la arenga final:

«¡De pie, de pie, Jinetes de Théoden! Un momento cruel se avecina: ¡fuego y matanza! Trepidarán las lanzas, volarán en añicos los escudos, ¡un día de la espada, un día rojo, antes que llegue el alba! ¡Galopad ahora, galopad! ¡A Gondor!»

O sentir con Héctor el palpitante sentido de la justicia cuando le dice a Andrómaca, luego de que esta le expusiera sus pesares para que no asistiera al campo de batalla:

²¹ *La lectura, arte de ser hombre*. En: CARRETER, F. *La cultura del libro*. Fundación Germán Sánchez-Ruipérez, Ediciones Pirámide, Madrid, 1983, p. 130.

«...Mucho me sonrojaria ante los troyanos de rozagantes peplos, si como un cobarde huyera del combate...; siempre supe ser valiente y pelear en primera fila entre los troyanos, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mi mismo... Dia vendra en que perezca la sagrada Ilio... Pero la futura desgracia de los troyanos... no me importa tanto como la que padecerás tú... Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga tus clamores o presencie tu rapto».

Héctor prefiere la muerte gloriosa por la Patria y por su amada, antes que ver a ésta última ultrajada y conminada a una deshonrosa esclavitud.

Entonces, no les robemos a nuestros niños y jóvenes esa posibilidad de sumergirse 20.000 leguas en el océano o viajar 80 días en globo alrededor del mundo o ser escuderos de Don Quijote de la Mancha o peregrinar con la Comunidad del Anillo o investigar cientos y cientos de casos con el P. Brown.

Debemos decir, y ya vamos cerrando, que nos agradan estos libros porque son propiciadores de regocijo espiritual y, como dice perspicazmente Paul Hazard:²²

«Se mantienen fieles a la esencia misma del arte, o sea, que brindan a los niños un conocimiento intuitivo y directo, una belleza sencilla, susceptible de ser percibida inmediatamente y que produce en sus almas una vibración que les durará de por vida».

Estos ratos de verdadero ocio –porque eso es fiesta, ocio gozoso– nos apartan de los bajos fondos de nuestra vida negociosa, del tiempo rectilíneo, tedioso y angustioso, y nos ponen en contacto con nuestra vida espiritual. Porque la lectura genera y produce un verdadero enriquecimiento de nuestro espíritu en un doble sentido: el regalo de la realidad a la que se refieren y de la palabra con que la expresan. Es la experiencia cotidiana cargada de matices, tonos y colores que nos hacen captar con nuevas luces nuestra realidad. El tiempo que galopa como corcel indómito es sosegado en la lectura y se convierte en manantial de temporalidad festival. Este es el efecto de la fiesta, salirse del curso embravecido del tiempo y encontrar el sosiego que anida en el fondo del alma. Y en ese sosiego se descubre el inabarcable horizonte de la realidad, porque si la lectura es distención del espíritu esto supone que ese espíritu se abra a la totalidad de las cosas que son.

Así, el niño o el joven, cuando disponga de algunas horas libres, hacia ese rincón suyo dirigirá sus pasos, tomará lugar frente a la ventana por la cual de manera oblicua entra toda la luz del sol, dispondrá el libro sobre una mesa o sobre el regazo de sus piernas, como una madre coloca a su hijo, y luego con pausa y sin prisa abrirá el libro en el punto exacto donde la última vez quedó su historia. Pronto los personajes recobran vida y aliento y la historia reanuda nuevamente; a medida que la puerta del libro se abre, los contornos del mundo visible se hacen más borrosos y cobra nueva vida la *Tierra Media* o *Namia*. Poco a poco su vida interior

²²HAZARD, P., op. cit., 72.

se comienza a henchir y se hace más amplia e intensa, el tiempo se demora, y ya no rige en su alma el *tiempo del reloj*, sino el del *interior del Ropero*.

Así la lectura se hace *fiesta* y el festejante puede asir al menos por unos instantes el gozo de la Belleza, el llamado del *Llamador*.

Status viatoris*: el sentido pedagógico y purificador del *viaje

Ana Carolina Galiano Moyano ¹

Resumen

Hacer referencia a los *viajes* puede parecernos frívolo y trivial; sin embargo no es la intención aquí aludir a los itinerarios vacacionales.

El viaje –símbolo riquísimo en la vida de todo hombre– se nos figura como un estado necesario. *Status viatoris*, decían los medievales, quienes entendieron perfectamente que estamos en esta vida de paso, peregrinando, para llegar a la verdadera vida, donde termina el recorrido.

Como tema literario por excelencia, el viaje se entiende como un rito de pasaje, de ascenso y descenso a una vida superior. En el hombre, este camino, caracterizado por el recuerdo y la nostalgia, se convierte no en una simple aventura divertida sino en un camino de conversión constante, un recorrido de vuelta a la Casa del Padre.

Puesto que en la interioridad del viaje se pone en juego la personalidad, las tentaciones, las pruebas, los gozos, los dolores; se puede decir que el viaje prueba y cura, purifica y educa. El *status viatoris*, se constituye entonces –en su sentido más profundo– como un camino purificador y, por consiguiente, pedagógico.

Palabras claves: Viaje, *Status viatoris*, Purificación, Pedagógico, Casa del Padre.

¹Profesora y Licenciada en Ciencias de la Educación por la UNSL. Miembro fundador del Centro de Estudios Educativos “Rigans Montes”. Actualmente se desempeña como docente responsable de las materias: “Didáctica General”, “Instituciones Educativas”, “Práctica Profesional Docente I, II y III” para el Prof. de Ed. Inicial en el Instituto PT 0-30 “San Antonio”, y en la materia “Pedagogía” en el Profesorado Superior de la Universidad Católica Argentina. Correo electrónico: anagaliano24@gmail.com

Introducción

El gran Chesterton sobre la búsqueda nostálgica de lo propio, pregunta paradójicamente «¿Cuál es el viaje más corto desde un lugar hasta ese mismo lugar?»² A lo que contesta: «(...) es ir alrededor del mundo.»³ El viaje –en la vida de cada hombre– tiene mucho sentido, puesto que, en las reflexiones profundas, se encuentra en permanente búsqueda de dónde viene y hacia dónde va. «El viaje es igualmente figura de la vida del hombre: homo viator, decían los medievales. Nos encontramos in via, esto es, en camino, en peregrinación, en romería, es decir en viaje.»⁴

Asimismo, estar lejos del hogar llama a la nostalgia y al recuerdo de lo propio. En lo más hondo de nuestro ser está inscripto –y siempre latente– ese deseo de retorno.

No es intención aquí realizar crónicas de viajes, ni redundar en vivencias o experiencias vacacionales. Todo lo contrario: se intentará vislumbrar y adentrarse en el espíritu que anima el verdadero camino del homo viator. Y así, realizar ese viaje, de ida y vuelta; «hasta la vuelta final, eterna, donde cada día es mejor que el anterior.»⁵

I. Nostalgia y recuerdo

El hombre –dice Platón– «ha perdido la perfección, concebida para él, del origen. Ahora está perennemente en búsqueda de la forma primigenia que le puede volver a sanar. Recuerdo y nostalgia lo empujan a la búsqueda (...)»⁶

Al ser religioso por naturaleza, todo hombre tiene cierta conciencia de su origen y destino último; y, en su corazón posee ansias de *regresar a la Casa del Padre*. Este es el fundamento de su condición religada. Ese deseo está siempre latente y es lo que lo impulsa a esa misma búsqueda del origen. La misma palabra nostalgia –*nostos*: regreso, retorno; y *algos*: sufrimiento, dolor– indica que el alma sabe que ha perdido el Paraíso y desea regresar a él con la más impetuosa vehemencia.

Misteriosamente, sucede que hay algunos lugares frente a los cuales no podemos permanecer indiferentes, y también se puede decir que «hay algunos lugares que, vistos por primera vez, parecen sin embargo hacer vibrar una cuerda de remembranza. ‘Yo he estado aquí antes’, nos decimos, ‘y éste es uno de mis verdaderos hogares’.»⁷ Muchas imágenes pueden graficar ese reconocimiento; sólo a modo de ejemplo se puede pensar en España: recorrer las estrechas calles de Sevilla adornadas de naranjos, encontrarse con las murallas de Ávila que fueron testigo de grandes santos, divisar a lo lejos los molinos del viento en Consuegra, rezar una oración frente a la cruz más grande del mundo en el Valle de los Caídos, transportarse al glorioso mundo medieval en Toledo, sentirse

²CHESTERTON, G. K., *Nostalgia del propio hogar*. En *La Tierra de los Colores*, Ed. Vórtice, 2007, p. 215.

³Ídem.

⁴FERRO, J. N. *De maestros y batallas culturales*, Vórtice, 2018, p. 156.

⁵Ídem.

⁶RATZINGER, J. *La belleza. La Iglesia*. Ed. Encuentro, Madrid, 2006, p. 15.

⁷BENTLEY, E.C. *Trent's Own Case*. En *Trent's Case Book*, Madison. 1953, p. 152.

invadido por el deseo de cruzada y reconquista frente a Santiago en Compostela.

Recordar, produce gozo. Y paradójicamente, a su vez, todo gozo recuerda.

Recordar ese gozo tan particular que se vive *estando de viaje*, perpetúa y revive el sentido profundo de ese *querer volver al origen* que marca con una sutil pluma el corazón del hombre: pareciera que Dios al crearnos, se reservó para sí una mitad de nuestro corazón. Ya lo decía San Agustín: «nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti».⁸ Sólo allí –en la Gloria Celestial– descansará, cuando encuentre su otra mitad. Esa misma nostalgia que el hombre vive, producida por la pérdida de la forma primera, es la que lo impulsa a regresar al origen, a estar en permanente *viaje* y ser peregrino.

II. Viajes y viajeros

Aproximándonos al tema que nos convoca, podríamos apresurarnos a considerar cierta banalidad y superficialidad, puesto que «el turismo masivo y el mercantilismo, han inundado el mundo y les han quitado a los viajeros esa pizca de aventura y esa posibilidad de descubrimiento que en el fondo nos agujonean»⁹ cada vez que emprendemos un viaje.

Se puede viajar y visitar la Sainte Chapelle en París y no entender nada, o se puede conocer un monasterio benedictino perdido en un minúsculo pueblo de Francia y entrar en diálogo profundo con la naturaleza, la historia y el espíritu que lo anima. De esto se trata entonces, de considerar la importancia de los derroteros como verdaderas aventuras para el alma.

Diversas pueden ser las clasificaciones de los “viajeros”, y muchas más las modalidades de sus viajes. Se podría distinguir aquí a los peregrinos, a los viajeros de ida, a los viajeros de ida y vuelta, y los viajeros a todas y ninguna parte.

Peregrino, cruzado, mensajero, explorador, misionero, en todos los tiempos se figuran los *viajeros*. Pero cierto es que son,

«Cada vez menos los peregrinos y más los mercaderes. Menos los devotos de las reliquias y santuarios y más los interesados en el tráfico de mercancías. Incluso hombres y mujeres que siguen venerando reliquias y visitando santuarios, lo harán por un afán de curiositas que tiene más de turismo que de sacrificio.»¹⁰

⁸SAN AGUSTIN. *Confesiones* I, 1, 1.

⁹GALLARDO, J. L. *Viajes, viajeros y lugares*, Vórtice, 1998, p. 11.

¹⁰GARCÍA DE CORTAZAR, J. A. *El hombre medieval como homo viator: 'peregrinos y viajeros'*. Universidad de Cantabria. Disponible en: <http://www.vallenajerilla.com/berceo/santiago/homoviator.htm>

Muchas pueden ser las causas de esta falta de sentido; tal vez la más previsible podrá ser el olvido de aquello que el hombre medieval tenía muy presente: el saberse *homo viator*, como hombre que sigue un camino. Aquí podemos distinguir

*«el camino físico del viajero que se desplaza de un lugar a otro, pero también el camino simbólico de quien hace de su vida una búsqueda de perfección o, cuando menos, de desasimiento respecto al mundo, concebido como simple tránsito, como mera vía, para la morada definitiva del cielo.»*¹¹

Y por ello, *«para el hombre medieval la peregrinación era una ascesis, la representación sensible de la otra peregrinación, del otro viaje, el que concluía en el cielo.»*¹²

III. Viaje como camino de purificación

El viaje, en la vida de cada hombre, es un símbolo, y muy presente ciertamente; y por ello representa el camino a recorrer de manera necesaria.

Significantes ejemplos se encuentran en la literatura clásica –Dante en la *Divina Comedia*, Frodo en *El Señor de los Anillos*, Ulises en *La Odisea*, *El Quijote de la Mancha*. En todos, el *homo viator* realiza un viaje, ya sea para llegar a destino, para fundar una ciudad imperial, para conocerse a sí mismo.

Ahora bien, en todos los ejemplos un denominador común los caracteriza: una serie de inconvenientes a los que hay que enfrentarse. De manera que el sentido en que se transite este camino, acerca o aleja. Es así que cada camino puede transitarse de manera diferente. Y de hecho pueden existir viajes dentro de cada viaje. Pero aquellos que transforman son los que permiten el encuentro con la verdadera personalidad, los que permiten reconocer el verdadero valor de las cosas, los que prueban y purifican, los que enseñan y curan.

Y el viaje es arriesgado; ya lo decía el Padre Castellani en *Jauja*, de lo que se puede deducir que:

*«En primer lugar, no hay un mapa exacto, un recorrido bien señalizado. El punto de llegada no es visible con claridad: por momentos la isla parece vislumbrarse y por momentos se torna difusa o se pierde de vista. Algunos niegan que verdaderamente exista, de modo que el zarpar es un acto de arrojo; para muchos, una tontería, para otros, un viaje interesante pero demasiado peligroso. Para embarcarse hay que desprenderse de todos los saberes y afectos mundanos: ni la ciencia humana puede explicar dónde está, ni siquiera cómo es la isla; ni los afectos humanos merecen la renuncia al viaje. El recorrido está plagado de trampas y obstáculos, de manera que hacerse a la mar no es garantía de la llegada a Jauja.»*¹³

¹¹Ídem.

¹²Ídem.

¹³PINCIROLI, L. B. *El poema "Jauja" de Leonardo Castellani*, Revista Tabulae (No. 4) Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras, 2017, p. 40.

Sin embargo, el *homo viator*, entiende su desplazamiento como camino hacia una meta, como una búsqueda constante, como una aventura a través de la cual intentará – paradójicamente– afianzarse en la realidad de su existencia. Es por ello que todo hombre esconde en su interior ese deseo como impulso vital, irrefrenable y esencial del viaje, del verdadero viaje que es camino de purificación.

Los cristianos de la gloriosa Edad Media muy bien lo entendieron, y proyectaron el concepto antropológico del *homo viator* en las peregrinaciones, puesto que éstas consisten en la concreción espiritual de la necesidad del viaje para la perfección del ser humano. Para los medievales –de los cuales tanto debemos aprender– la vida terrena no significa sino una situación de tránsito, que da lugar a interminables, durísimos e imprevisibles itinerarios, pero que en definitiva debe conducir a la verdadera meta. El Papa Emérito Benedicto XVI en su viaje apostólico a la Catedral de Santiago de Compostela lo expresa diciendo:

*«Peregrinar no es simplemente visitar un lugar cualquiera para admirar sus tesoros de naturaleza, arte o historia. Peregrinar significa, más bien, salir de nosotros mismos para ir al encuentro de Dios allí donde Él se ha manifestado, allí donde la gracia divina se ha mostrado con particular esplendor y ha producido abundantes frutos de conversión y santidad entre los creyentes.»*¹⁴

Si bien la antropología cristiana medieval lo resume con total claridad: *Vita est peregrinatio*, el destino último del viaje es lo que guía al mismo. Sólo a modo de ejemplo, en las Crónicas de Narnia, el espíritu que empuja a seguir adelante, el lugar de encuentro, el punto final es el León. Allí es el término del viaje, y solo para ello se va a Narnia. Aquí, el punto final es el encuentro con Cristo, en el Reino de los Cielos.

IV. *Status viatoris* como vía pedagógica

Es sabido que *«los viajes, incluyendo las noticias y descripciones relativas a los lugares visitados, como así también las reflexiones suscitadas por ellos, han suministrado material abundante a la literatura, de Homero, para aquí.»*¹⁵ El viaje iniciático, transformador, bautismal también ha sido punto de partida de innumerables reflexiones literarias. En varias obras, los héroes realizan un “rito de pasaje”, accediendo, en un movimiento de descenso y ascenso, a una vida superior.

Jorge Ferro describe este movimiento de conversión bellamente:

*«Status viatoris, es el nuestro, en contraposición con el status comprehensoris de quienes han alcanzado ya la patria celestial, de la que esta es reflejo imperfecto. (...) y a lo largo del mismo debemos acrisolarnos y pasar por las pruebas que nos permitirán despojarnos de aquello que nos embaraza y nos impide pasar por la puerta estrecha de la entrada a la dicha definitiva.»*¹⁶

¹⁴S.S. Benedicto XVI. Discurso de viaje apostólico a Santiago de Compostela. 2010. Disponible en: http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2010/november/documents/hf_ben-xvi_spe_20101106_cattedrale-compostela.html

¹⁵GALLARDO, J. L., op. cit., p. 11.

¹⁶FERRO, J. N., op. cit., p. 156

Considerar el *status viatoris* como vía pedagógica invita a reflexionar por un lado en la condición religiosa del hombre, que se manifiesta en el camino hacia lo eterno; por otro, la necesidad del alma de ser auxiliada, elevada, perfeccionada, para llegar al fin. Cuando este verdadero viaje irrumpe en la vida del hombre, produce una consecuencia eterna, puesto que transforma, libera y educa. Y ante tal efecto no se puede permanecer indiferente, por más que se resista.

Ese *viaje*, que en definitiva es un camino de búsqueda incansable de Dios, comienza con la percepción de lo trascendental, a través del misterio. Dios, que conoce lo más profundo de cada ser y sabe cómo tratar, recurre inevitablemente al misterio; porque la vida es misterio –realidad profunda y oculta– a la que no se accede por la sola operación de la razón. Dios se muestra, se esconde, se revela y se vuelve a velar; porque pareciera que el hombre está hecho para conocer y amar de esa manera, mediante signos que revelan, pero que a la vez ocultán.

Pero, para acercarse a lo misterioso, eterno y bello del *viaje* es necesario estar atento; es preciso contemplar los rastros, las señales de esa realidad mística, que están presentes en las cosas visibles. Rastros, señales, signos, que evocan el misterio, que hunden sus raíces en él.

Es un imperativo, entonces, realizar el viaje exterior o interior, con el deseo de ponerse en camino, no con un fin en sí mismo, sino con la iniciación que conduce a ponerse a prueba, a salir de las prácticas habituales, a purificar los hábitos, a ampliar los horizontes de la conciencia humana, llevándola más allá de sí misma, asomándola al abismo de lo infinito, convirtiéndose en un camino hacia lo trascendente, hacia el misterio último: hacia Dios.

Sin embargo, viajar es un privilegio. Refiriendo a Narnia, Ferro expresa que sólo algunos providencialmente elegidos son los que pueden acceder a allí. Y no sólo eso, sino que también agrega una cláusula: «*para despojarse del hombre viejo (...) deben enamorarse del León, que es en última instancia lo que importa de Narnia. Y es el León quien los llama. (...) A Narnia se viaja cuando el León lo dispone, pues de allí se vuelve distinto, y con nostalgia.*»¹⁷

V. Conclusión

Lo propio del hombre es reconocerse como es. El hombre es un *homo viator*; no como un viajero perdido que no sabe de dónde viene ni hacia donde se dirige, sino como un peregrino que debe dirigirse hacia lo absoluto. Por ello, en la actualidad, se hace necesario recordarle que tiene un destino supremo y que debe que emplear todas sus fuerzas para llegar al mismo.

El *Status viatoris* perpetúa el viaje permanente, el camino hacia el misterio último, la peregrinación

¹⁷ FERRO, J. N., op. cit., pp. 156-157.

hacia Dios. Ese viaje, como rito de pasaje, caracterizado por el recuerdo y la nostalgia, se convierte no en una simple aventura divertida sino que constituye un camino de conversión constante, un recorrido de vuelta a la Casa del Padre. No obstante, no hay que desestimar que, así como se puede estar delante de la verdad y negarla, así también se puede estar frente a la belleza y cerrar el corazón a ella. Es así que se puede viajar por el mundo en todo tipo de *tour* y volver de la misma manera en que se comenzó; o se puede aceptar que lo trascendente del viaje acaricie profundamente, permitiendo abrir los ojos, redescubriendo la alegría de la visión, de la capacidad de comprender el sentido profundo de existir, el misterio del cual se es parte y del cual se puede contemplar el Bien, la Verdad y la Belleza.

El Padre Castellani, en *Jauja* –el mejor sus poemas, al decir suyo– sintetiza, misteriosa y simbólicamente, el curso de la vida hacia la posesión de Dios como un recorrido a bordo de una embarcación que surca los mares tempestuosos hasta arribar, luego de múltiples obstáculos, a una isla difícil de hallar:

*«Busco la isla de Jauja de mis puertos orzando
y echando a un solo dado mi vida y mi fortuna;
la he visto muchas veces de mi puente de mando
al sol de mediodía o a la luz de la luna.
Mis galeotes de balde me lloran ¿cuándo, cuándo?
ni les perdono el remo, ni les cedo el timón.
este es el viaje eterno que es siempre comenzando
pero el término incierto canta en mi corazón.»*¹⁸

La vida cristiana es eso, un afán infinito de salvar el alma, y para ello hay que ponerse en contacto con la Verdad Vital Eterna. Y ese contacto se establece paradójicamente en la oscuridad de la fe. Aceptar ese naufragio para llegar al puerto seguro implica aprovechar verdaderamente el *status viatoris*, y vivirlo de manera que se diga tal como en el poema kirkegardiano: «y se ve por la pinta del fraseo baquiano, que él llegó, que él llegó.»¹⁹

¹⁸CASTELLANI, L. *Castellani por Castellani*, Ed. JAUJA, 1999, p. 25.

¹⁹Ídem.

Educación en la Belleza

Jorge Bosco ¹

Resumen

Educación en la Belleza hemos dado en llamar estos breves apuntes trazados por un anhelo tan preciso, cuanto universal es su objeto: la natural inclinación del hombre hacia la Belleza, su natural apertura a los fulgores de las cosas bellas, encarnaduras que son de la Verdad que las trasciende, de la Bondad que las cincela y del Esplendor que las adorna; el hombre, decimos, ha nacido para la contemplación de la Belleza, y así nuestro deseo atiende a la recuperación del trascendental como norte seguro y principio cierto del arte de educar: la Belleza, nombre divinal, nos ha hecho para Sí, y para Sí nos reclama. Nuestro rol como educadores es el de gastar cuerdas y quemar naves por amor a Ella y en sacrificio a Ella. La Belleza es un trascendental porque es Una, y es Una, porque es Dios.

Pero podría asignarse a nuestro afán cierto capricho esteticista, reduciendo una empresa mística a una mera razón artística. Nada más lejos de nuestro intento. En rigor, es nuestro anhelo recuperar algunos elementos fundantes de la teoría de la Belleza, que nos permitan traducirlos a la vida hogareña y escolar: la ciudad celeste no se edificará en la tierra si no es a través de la restauración de sus pilares.

Palabras claves: Educación, Belleza, Pedagogía, Mística.

¹Profesor de Filosofía por Most Holy Trinity (EE.UU.), autor de los libros *“Redención de Robot: Leopoldo Marechal - Su poesía, su profecía”* y *“Del estatismo al homeschooling: Apuntes para una educación realista”*. Correo electrónico: jorgeabosco@gmail.com

I. Qué es la Belleza

Con su usual laconismo, indica Santo Tomás que:

*«El bien y lo bello son en el sujeto una sola cosa... y por este motivo se elogia al bien como bello... el bien se refiere al apetito, puesto que se llama bueno lo que todos apetecen... pero lo bello se refiere a la facultad intelectual; porque se dice bello, lo que visto deleita».*²

Y el Cardenal Zeferino González,³ dominico y español ilustre, comenta al respecto:

*«El concepto de bello, añade la relación a la facultad cognoscente... no decimos que [una cosa] es bella, sino a condición que resulte cierta complacencia y satisfacción en el sujeto en virtud y por razón del simple conocimiento o percepción de la cosa».*⁴

Es decir que la Belleza verdaderamente se entroniza como una coronación del acto intelectual, que no sólo reposa en el conocimiento de la Verdad, sino que se goza en su posesión. La Belleza se constituye entonces en el *splendor veri* agustiniano, y nos anticipa con su ornato los fulgores del Cielo y las intimidades de Dios.

Si la Verdad no se estrechara en apretada unidad con la Belleza, de cierto que nuestra inteligencia seguiría ordenada a ella, pero no menos cierto sería que su posesión no nos reportaría el singular sabor que deviene de la contemplación de la Verdad; sabor cuya complacencia nos la hace desear ardientemente: *«desiderio desideravi»* (Lucas 22, 15). En efecto, nuestra mente se atiene a la Verdad entendida, nuestro espíritu se arroba por la Verdad apreciada, y nuestro cuerpo se conmociona por la Verdad recibida; todo a una en virtud de la Belleza cuyo esplendor capta nuestra atención, inspira nuestros anhelos, y conmueve nuestras potencias. Es un fenómeno tan maravilloso cuanto notorio para padres y educadores: los rostros de los educandos se hermocean cuando logran captar la verdad de un concepto o de una sentencia, que atraviesa sus corazones recordándonos el ardor seráfico de la transverberación de Santa Teresa.

Por la Belleza alcanzamos cierta sublimidad inasequible a los senderos estrictos de la vida intelectual, en su sentido rigorista o cientificista. Marechal lo sugirió hermosamente:

*«No es bueno descender a la materia
sin agarrar primero los tobillos del ángel:*

²SANTO TOMÁS. *Suma Teológica*. I, c. 5, a. 4, ad 1. Edición de Club de Lectores, Bs. As., 1944, p. 71.

³Cardenal de la Iglesia Católica, fue el filósofo sistemático más riguroso del panorama hispánico de sus tiempos, e importante impulsor del intento de restaurar el tomismo que se produjo dentro de la filosofía cristiana en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. Autor de la primera gran *Historia de la Filosofía* escrita en lengua española, perteneció a la Orden de Predicadores y fue Obispo de Córdoba y Arzobispo de Sevilla y de Toledo, Sede Primada, donde ostentó por primera vez el título de Patriarca de las Indias (dignidad que era fruto de lo acordado en 1885 entre la Santa Sede y Alfonso XII).

⁴GONZÁLEZ O.P., Cardenal Zeferino. *Filosofía Elemental*, Libro cuarto: Metafísica, c. 2, a. 3. Versión digital en: <http://www.filosofia.org/zgo/zgfe2402.htm#fe240206>

*Einstein, el matemático, se libró del abismo
porque midió la noche con el arco
de un violín pitagórico.»⁵*

Porque hay algo de inefable en la posesión de la Verdad; algo que se sobreañade al hecho cognitivo en su estricta esfera psicológica: en el acto de entender, no ocurre meramente una adecuación del intelecto a la realidad (definición exacta y suficiente en su plano) sino además una exaltación del alma que reverbera en el organismo: se da en el espíritu una compenetración en la verdad de la cosa, a través de la cual nos parece oír el eco eterno del Verbo que la nombró al crearla, y cuya Voz resuena en cada fibra de nuestro ser. «*La voz de Yahvé retuerce los robles y arrasa las selvas, mientras en su Santuario todos dicen: ¡Gloria!*»(Salmos 28, 9).

Toda experiencia vivida, en cuanto recordada, constituye una experiencia intelectual. Y de cierto que hay momentos y circunstancias frente a las cuales el universo entero parece sucumbir ante el peso emocional de una Verdad que nos alcanza, como un destello radiante que crispa nuestros nervios y exalta nuestros corazones.

Es el talento participado de los grandes autores; de los grandes oradores, de los grandes maestros. Portadores ellos del don de la palabra, son instrumentos dóciles a la virtud creadora de la Palabra Eterna, cuya obra de creación perpetúan: «*cooperatores veritatis*»(III Juan 8).

II. Objetividad y Subjetividad de la Belleza

Riesgoso anuncio el nuestro, claro. Dará no poco lugar a ciertos temores, que esperamos pronto disipar. Porque, en efecto, es cierto que la Belleza tiene una condición de objetividad inalienable, intrínseca y formal, que la constituye en todo su derecho a ser amada y cultivada, personal y colectivamente.

Santo Tomás, en el artículo antes mencionado, asigna a esta objetividad la condición de la «*debida proporción*», que Regis Jolivet explana indicando que ello implica: «*la integridad del objeto*», la unidad en la variedad, y en fin, la claridad o esplendor de la inteligibilidad,⁶ de tal manera que la cosa contemplada, para decirse bella, no debe carecer de sus elementos integrales, ni poseer inarmónicamente aquello que corresponde a su naturaleza. De esta juntura se deduce y manifiesta la “claridad” de la cosa, su esplendor, que diversos autores han definido como *splendor formae*, *splendor veri* o *splendor ordinis*.

Pero entonces, ¿por qué anunciábamos atrevidamente que la Belleza es también subjetiva? Porque de cierto que nada de lo anterior se opone, sino por el contrario se armoniza, con el antiguo adagio escolástico:

⁵MARECHAL, Leopoldo. *Poema de Robot*. En: Obras Completas, Tomo I: La Poesía. Perfil, Bs. As., 1998, p. 409.

⁶JOLIVET, Regis. *Curso de Filosofía*. Club de Lectores, Bs. As., 1978, pp. 315-319.

*quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur.*⁷ Esto es expresado nuevamente por el Aquinate, en el artículo referido, cuando dice que: «*el sentido se recrea en las cosas debidamente proporcionadas, como semejantes a él; por cuanto el sentido es también cierta proporción, como lo es toda facultad cognitiva... El conocimiento se adquiere por asimilación.*»⁸ Y esta verdad metafísica y psicológica no puede ser olvidada por los educadores. En efecto, sus alcances son incalculables, y acaso de sola ella depende el éxito – con disculpas de la cacofonía– de una buena educación.

Hay un pasaje del poeta Marechal, maestro escolar que fuera por oficio y vocación, que nos permitirá pincelar nuestra tesis:

*«No olvidemos que el niño es esencialmente animista: contempla la realidad y asocia los accidentes, conceptos y predilecciones de su vida interior a las cosas que le rodean. El niño mira la realidad desde un punto de vista interesado, la reviste de atributos insospechables de acuerdo con su sensibilidad. Entonces, para él un árbol, verbi gracia, no será un árbol simple y escuetamente, sino una equivalencia sentimental del árbol, puesto que le atribuye virtudes y gestos humanos y le dota de condiciones que están en su yo y no en el árbol en sí. De este modo el paisaje, el ser, la cosa, se convierten para él en un estado de alma.»*⁹

Tenemos allí una preciosa observación realista de la psicología del niño. La capacidad cognitiva de los pequeños se encuentra abierta y receptiva no a las abstracciones e intrincadas conceptualizaciones de la razón – aquello que, siguiendo el método medieval, llamaríamos la “etapa lógica” – sino que su espíritu se asimila, se conmueve con las sensaciones, las manifestaciones, los derrames exteriores y perceptibles de las cosas, más allá de las intimidades de sus definiciones. El niño llora porque un juguete se rompe, sin pensar ni querer entender la posibilidad fáctica de reemplazarlo por otro: hay entre el alma niña y su juguete un lazo de amor que no puede ser suplantado. Acaso de esto nos habló Nuestro Señor cuando nos dijo: «*En verdad, os digo, si no volviereis a ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos*»(Mateo 18, 3). Porque de cierto que existe otro Lazo de Amor, a cuya pervivencia nos debemos, «*dejando de ser niños según la inteligencia, pero siéndolo según la malicia*»(I Cor. 14, 20). Es así entonces que el niño ve, intuye, recibe de sus objetos predilectos un esplendor que lo conmueve plenamente, y lo arroba, y lo enceguece en sus pasiones, no dispuestas todavía al pleno dominio de la razón. “Capricho”, le llamamos. Pero es una enorme lección de amor, que transmutada en los fragores de la mística convierte a los santos en idénticos apasionados, incluso más allá de toda comprensión humana, natural o racional.

La Belleza es subjetiva, porque la objetividad innegable de la Belleza es *recibida* por el sujeto que la capta y que en Ella se complace. La Belleza es subjetiva, porque Dios es Uno pero sus santos son innumerables, como las estrellas del Cielo que habitan.

La Belleza es subjetiva porque Una es la Verdad y Uno el Bien, pero también es uno el que la conoce

⁷Lo que es recibido, al modo del recipiente es recibido.

⁸SANTO TOMÁS, op. cit.

⁹MARECHAL, Leopoldo. *Ideas sobre el alcance de la educación estética en la escuela primaria*. En: Obras Completas, Tomo V: Los cuentos y otros escritos. Perfil, Bs. As., 1928, pp. 247-248.

y el que lo ama. Una la cosa conocida, uno el sujeto cognoscente. Y de cierto que la unidad trascendental, que por lo mismo es constitutiva de la Belleza, es aquella por la cual en el acto gozoso del conocimiento, la cosa y el sujeto se vuelven uno, en estrecha síntesis de contemplación.

«¡Oh, Amor sin remo en la Unidad gozosa!
¡Oh, círculo apretado de la rosa!
Con el número Dos nace la pena». ¹⁰

Por último, y como corolario de lo anterior, la Belleza es subjetiva porque es patente que las creaturas tienen una belleza relativa a su proximidad o lejanía de su arquetipo, cuya fuente no es sino la Idea Divina que lo sostiene. Y así es más bello objetivamente el varón justo que el criminal inicuo, pero asimismo es más bello subjetivamente en cuanto posee el primero la virtud que el segundo carece.

De lo dicho se desprende, pues, que lejos estamos, y aun en las antípodas, del relativismo ramplón y omnívoro que hoy todo lo ha invadido. El “subjetivismo” del que hace gala la sociedad moderna – y específicamente el arte moderno– es, como tantas veces, otra media verdad que, por serlo, es una completa mentira.

III. *Pulchrum diffusivum sui*

Pero, si lo dicho hasta aquí es cierto, tenemos en limpio dos elementos fundamentales para la vida educativa, ya en el hogar, ya en el aula.

En primer lugar, la Belleza es apelativa *per se* a los espíritus, insuflando en ellos una evocación que los trasciende y los consume: «Señor, he amado la hermosura de tu casa» dice el Salmo (26, 8), y es bajo esa razón eminente que San Juan pudo advertir aplicado a Nuestro Señor aquel otro salmo: «el celo de tu casa me consume» (Juan 2, 17).

La Belleza, por lo mismo que es participación de la naturaleza divina, como una chispa lo es del fuego que la origina, tiene un poder incandescente en los ánimos, y los arrebató y predispone al heroísmo y la virtud, galantería única digna de tan noble Dama.

Pero además, la Belleza en su recepción subjetiva produce un desbordamiento del sujeto en la plenitud de su inspiración: hay una completitud en el sujeto, que queda verdaderamente “poseído según pudo decirlo Platón–, y que se ve impelido en su interior a un irrefrenable anhelo de comunicar aquello que ha contemplado y recibido graciosamente: «Fuego vine a echar sobre la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté encendido!» (Lucas 12, 49),

¹⁰MARECHAL, Leopoldo. *Del Amor navegante*, en *Sonetos a Sophia*, Obras Completas, Tomo I: La Poesía. Perfil, Bs. As., 1998, p. 228.

declamaba el Divino Maestro. Y el Apóstol San Pablo, enardecido de esos ardores de Amor nos impelia: «*caritas Christi urget nos*» (II Cor. 5, 14).

IV. Belleza y educación

Y entonces, arribamos al fin a la relación que la Belleza tiene con la educación.

Vale recordar aquella preciosa sentencia platónica: «*La buena crianza debe poder producir claramente los más bellos y mejores cuerpos y almas*». ¹¹

Sería suficiente dicha lección, si el griego hubiera alcanzado cabalmente el horizonte incommensurable que sus palabras intentaban describir.

Porque, en efecto, podemos y debemos mejorar la enseñanza de Platón con aquella de San Clemente de Alejandría, cuando dijo en “*El Pedagogo*” que la pedagogía cristiana «*corresponde a la voluntad amante del bien, que es consecuencia de la pedagogía de Cristo*», ¹² rematando inmejorablemente: «*La Pedagogía de Dios es la que indica el camino recto de la verdad, con vistas a la contemplación de Dios; es también el modelo de la conducta santa propia de la ciudad eterna*». ¹³

De manera que la labor pedagógica tiene por objeto la formación de ciudadanos ejemplares de la tierra y del cielo; ciudadanía que halla su arquetipo perfecto en Nuestro Señor y Su admirable misterio teándrico, por el cual fue un modelo de perfecto Hombre, por ser encarnadura del mismo Dios.

El culto de la Belleza produce, necesariamente, el desarrollo vigoroso de la personalidad, porque el educando es convidado a la contemplación de la armonía y las proporciones en las creaturas, manifestaciones que son de la Inteligencia, del *Logos* que las creó y ordena: «*la rosa es el llamado, mas no el Llamador*» (Marechal). Frente a ese conocimiento intuitivo y natural del orden por Dios querido, no será luego difícil enseñarle el cuidado de su cuerpo, recordando que el mismo es también un don del Creador, y un templo vivo del Espíritu Santo. No será difícil lograr que el educando busque y apetezca voluntariamente lo bueno, ya en sus preferencias literarias, ya musicales, ya estéticas, porque habiendo asimilado por connaturalidad el valor intrínseco de la Belleza, no intentará siquiera arriesgarse a las oscuras regiones de la deformidad, hoy tristemente tan dilatadas.

Habiendo crecido al amparo del calor y del vigor apolíneo de la rectitud y de la virtud, sentirá un íntimo desprecio por la pusilanimidad, por el error y por el mal. Llegará el día en que le procuraremos las razones formales y doctrinales de nuestra Fe: pero él habrá asimilado ya, antes de comprenderlo, el valor ejemplar del

¹¹ PLATÓN. *Leyes*, VII, 788c. Gredos, Madrid, 1999, p. 9.

¹² SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA. *El Pedagogo*. Gredos, Madrid, pp.132-133.

¹³ *Ibidem.*, p. 90.

heroísmo y de la santidad.

Por el culto a la Belleza, que tanto se expresa haciendo sonar la campanita a los pequeños para rezar el *Ángelus*, o relatando a los niños las historias heroicas que pueblan la hagiografía, o invitando a los muchachos a revivir esas historias bajo las múltiples obras de misericordia que nuestra santa Fe nos impone; por ese culto del *Pulchrum*, decíamos, no sólo teórico e ideal, sino vivencial y encarnado, formaremos bellos cuerpos y almas, dispuestos a dar vida y fama por las banderas eternas de Cristo, de la Religión, de la Patria y del Hogar.

Habremos formado, por el culto a la Belleza, hijos singulares de la Iglesia y de la Patria, del Cielo y de la tierra.

V. *Qua sit sublimitas*

El eminente Cardenal Zeferino González O.P., a quien hemos tomado como guía segura en estas reflexiones, afirma lo siguiente:

*«Cuando en el objeto se realizan de una manera especial o superior las condiciones de la belleza objetiva, y ésta es percibida con viveza e intensidad, de manera que la percepción vaya acompañada de cierta especie de estupor y arrobamiento, el objeto bello pasa a ser sublime».*¹⁴

Y hemos querido consumir estas líneas con apenas una sugestión que, desde esa distinción eminentemente filosófica, nos permite dar un salto a la hondura de la mística.

Recordemos aquel precioso pasaje de San Pablo, donde declara que la fe arraiga en nosotros por la caridad, *«para que podamos comprender con todos los santos, quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum...»* (Efesios 3, 18).¹⁵

Decíamos con el Cardenal que un objeto cuyas dotes producen en el sujeto un arrobamiento extático, es por lo mismo *sublime*. Cuál será la *sublimidad* de Aquel que nos creó para Sí, en el amor y para amarlo; que nos dio los sentidos y la inteligencia para vislumbrar, como a tientas, los esplendores que sólo veremos cuando lleguemos a Su Seno en virtud de Su gracia.

Es esa *sublimidad* el objeto máximo de la educación en la Belleza. Se trata verdaderamente de inculcar en las almas aquellas preciosas cifras de San Juan de la Cruz:

¹⁴GONZÁLEZ O.P, Cardenal Zeferino. op. cit.

¹⁵Cuál sea la anchura y la longitud, la altura y la profundidad.

«Este saber no sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a no entender entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Y si lo queréis oír,
consiste esta suma sciencia
en un subido sentir
de la divinal esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.»¹⁶

La educación no puede ni debe consumarse en los escalones, olvidando así que cada disciplina, que cada ciencia, que cada orden del conocimiento compone una espiritual escala (Génesis 28, 12), cuyo peldaño último ya nos deposita ante las puertas eternas del Rey de la Gloria.

Educación en la Belleza es verdaderamente restaurar todas las cosas en Cristo, porque la Belleza es un nombre divino... Y porque Cristo es Dios. *Laus!*

«No vaciles jamás en la defensa
o enunciación o elogio
de la Verdad, el Bien y la Hermosura.
Son tres nombres divinos que trascienden al mundo,
y es fácil deletrearlos en las cosas.
No los traiciones, aunque te flagelen:
yo sé bien que la triste Cobardía
suele atar a los hombres junto al Río moroso.
Vence a la Cobardía de los ojos oblicuos,
y la Patria futura dará el santo y el héroe
que han de trazar las líneas de la Cruz.»¹⁷

¹⁶SAN JUAN DE LA CRUZ. *Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de alta contemplación*. En *Poesía completa*. Planeta, España, 2000, p. 19.

¹⁷MARECHAL, Leopoldo. *Didáctica de la Patria, Heptamerón*. En: *Obras Completas, Tomo I: La Poesía*, Perfil, Bs. As., 1998, p. 315.

Una propuesta para la enseñanza de la Matemática desde una filosofía realista

Roberto Pablo Arribillaga ¹

Resumen

Una recta concepción filosófica y epistemológica de la ciencia matemática debe reconocer y valorar la certeza del conocimiento matemático, de determinados aspectos de la realidad, sin hacer de dicho conocimiento un absoluto y el único posible de alcanzar certeza. Evitando caer, por un lado, en un constructivismo relativista que niega a las matemáticas su vínculo con lo real y por otro, en una absolutización del conocimiento matemático, con el consiguiente desprecio de otros conocimientos no matemáticos. En este artículo proponemos algunos aspectos generales a destacar en la enseñanza de la matemática en el nivel medio, transversales a los contenidos conceptuales, con el objetivo de que los alumnos adquieran una concepción realista de esta ciencia. El desafío será resaltar, en cada uno de los temas que hacen al programa de matemática, alguno o todos (dependiendo del tema) de dichos aspectos.

El objetivo principal de cualquier proyecto educativo será sin duda la educación integral de la persona. La filosofía realista (o clásica) entiende que dicha educación comprende tanto el cultivo de la inteligencia como el de la práctica de la virtud. Respecto de la práctica de la virtud haremos unas breves reflexiones orientativas sobre como la educación matemática, especialmente en la resolución de problemas, pueden contribuir a la puesta en práctica de hábitos y/o virtudes como: capacidad de decisión, colaboración, prudencia, iniciativa, honestidad, seguridad, laboriosidad, humildad y perseverancia, entre otros.

Palabras Claves: Educación, Matemática, Filosofía Realista.

¹Profesor, Licenciado y Doctor en Ciencias Matemáticas por la UNSL. Diplomado en Pensamiento Tomista por la UFASTA. Profesor Titular FCFMN, UNSL. Investigador Asistente de CONICET. Correo electrónico: rarribi@gmail.com

I. Breve discusión filosófica sobre los fundamentos de la matemática

A la hora de leer distintos planes o programas de matemáticas (tal como en otras disciplinas) lo primero que encontraremos será la Fundamentación de dicho plan. Esta fundamentación será la que dará sentido al resto del plan y el modo de abordarlo. Nos detendremos a reflexionar sobre dicho punto, que en general, hacemos muy pocas veces.

Analizando los fundamentos de diferentes planes de matemáticas nos encontraremos con términos comunes como: Interés intrínseco de la matemática; Aplicaciones de la matemática; Intuición; Creatividad; Belleza; Coherencia; Lógica; Resolución de problemas; Parte integrante de la cultura humana; Comprender y mejorar el mundo; Dimensión formativa e informativa del estudiante; Acompañar al alumno, etc. En general, estaremos de acuerdo que dichos términos participan en los fundamentos de nuestros planes pero aún, estos términos, necesitan “el fundamento” en algún sentido. Nuestra propuesta, sobre estos fundamentos se enmarca en una filosofía realista de la matemática, que es crítica del constructivismo de Piaget. Somos conscientes que el constructivismo es aceptado o postulado (tal vez sin demasiada conciencia de sus principios e implicancias) en las fundamentaciones de muchísimos programas de matemática y por eso creemos que ponerlo en discusión y proponer a consideración otra alternativa al respecto, de la mano de una filosofía realista puede ser una tarea interesante y con algún aporte significativo a la educación matemática.

Una filosofía realista de la matemática encuentra su primer fundamento en la cantidad y su estructura que es un accidente (real) que se da en el mundo material. Es pues la realidad el fundamento del conocimiento matemático y no “la construcción” que el hombre se hace de lo real.

Tal como lo explica Miguel Martí Sánchez:

*«Aristóteles se refiere a las entidades matemáticas como seres en potencia, en el sentido de dependientes en su ser de la actualidad propia de los objetos sustanciales, en su mayoría sustancias compuestas y sensibles, es decir, cuerpos físicos. Todo objeto sustancial sensible posee dimensiones, es decir, cantidad, puede ser estudiado (por la matemática) sólo en cuanto que tiene cantidad, y a partir de esa propiedad proceder a sucesivas sustracciones e investigaciones como de hecho hacen la geometría y la aritmética como ramas de la matemática.»*²

Así la escolástica medieval, siguiendo a Aristóteles y a la filosofía clásica, entendía que la matemática se ubica en el segundo grado de abstracción en el cual nuestro entendimiento prescinde de la materia sensible. Dicha abstracción tenía como referencia principal la *cantidad discreta (aritmética)*, la *cantidad continua* y las *figuras (geometría)*. Así nos lo recuerda Tomás de Aquino:

²SÁNCHEZ, Miguel Martín. "La filosofía de las matemáticas de Aristóteles". *Tópicos, Revista de Filosofía* N° 52, Año 2017, p. 64

«..., no cabe duda de que la cantidad sobreviene a las sustancias antes que las cualidades sensibles. Por eso, las cantidades como los números, las dimensiones y las figuras que son sus límites, pueden ser consideradas sin las cualidades sensibles (individuales y comunes)».³

Por otro lado, en el estado actual de la ciencia matemática hay muchos autores, que, desde una filosofía realista, consideran las matemáticas como la ciencia de la *cantidad* y de las *estructuras*,⁴ sin que se tenga que interpretar estos como dos aspectos excluyentes sino más que esas estructuras abstraen, en algún sentido, distintos aspectos, propiedades o relaciones en torno a la cantidad o las figuras.

Dicho lo anterior, dos observaciones serán importantes:

- a. Reconocer que la realidad no se agota en la cantidad o en la estructura que estudia la ciencia matemática.

La ciencia de la cantidad nos dará conocimiento sobre aspectos materiales de las cosas. De donde se sigue que para las ciencias “más materiales” (cómo la física moderna, o las artes de la técnica y/o industria) el dato del conocimiento matemático será más significativo que para las ciencias que tratan al hombre, en donde lo esencial dista enormemente del mero aspecto material. En general, esto queda en evidencia cuando unas mismas ecuaciones o teorías matemáticas se utilizan para explicar fenómenos físicos muy distintos. Un ejemplo de lo dicho anteriormente podría ser el hecho de que $1 + 1 = 2$ se puede predicar de cualquier tipo de individuos sin agotar en absoluto sus características esenciales de los objetos sobre los que estamos predicando. Otro ejemplo, ya un poco más complejo, es como el crecimiento poblacional y la descomposición de sustancias radioactivas pueden ser descriptos (al menos aproximadamente) por el mismo tipo de funciones exponenciales. Ya que estos son dos fenómenos muy diferentes, claro está que la realidad de estos hechos no se agota en la función exponencial que explica su crecimiento.

Luego, si se reduce el campo del conocimiento científico única y exclusivamente al conocimiento cuantitativo (o bien se considera que es el único en donde se puede alcanzar certeza) se está reduciendo la ciencia, y por medio de ella la concepción de mundo, solamente a un aspecto de su materialidad, a saber, la cantidad. Por lo que finalmente se terminará por admitir que no se puede conocer (o que no existe) nada esencial (no cuantificable) en la realidad, pues así se lo ha impuesto. Siendo, el materialismo, una posible consecuencia (a posteriori) del anterior reduccionismo.

Esta tendencia de reducir el conocimiento sólo a su aspecto cuantitativo data de larga tradición en la historia de la matemática (y de la filosofía). Como una primera referencia podemos mencionar a la escue-

³TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, c. 85, a. 1, ad 2.

⁴Si bien la idea de estructura puede ser algo intuitiva, la definición precisa del término está aún en discusión entre los matemáticos que encuentran en ella el fundamento de su ciencia. Podemos decir que: “A property is purely structural if it can be defined wholly in terms of the concepts same and different, and part and whole (along with purely logical concepts). For example, to be symmetrical with the simplest sort of symmetry is to consist of two parts which are the same in some respect.” (FRANKLIN James en *An Aristotelian Realist Philosophy of Mathematics: Mathematics as the Science of Quantity and Structure*. PALGRAVE MACMILLAN (2014), pág. 57. Así, el término estructura incluye las ramas de las matemáticas más abstractas que al avanzar en el grado de abstracción han centrado más la atención en aspectos estructurales.

la pitagórica, un movimiento filosófico-religioso de mediados del siglo VI a. C. fundado por Pitágoras de Samos. En aquella búsqueda de la esencia de las cosas, emprendida por el mundo griego, la escuela pitagórica sostendrá que todas las cosas son, en esencia, números. Otra referencia en esta dirección de capital importancia será la figura y el pensamiento de Renato Descartes, quien

«Descubrió algo que iba a cambiar el derrotero de la filosofía. El filósofo francés, que uniendo el álgebra con el saber geométrico había hecho nacer la geometría analítica, llevado de la embriaguez de la nueva ciencia, decretó el método matemático como método universal para todos los saberes. Un 'solo' método para 'todas' las ciencias. Sonó la hora de la 'matemática universal'. Toda ciencia tendrá estructura matemática, si quiere presentarse como ciencia. Descartes discurrió un método, el único camino de la ciencia. Por el mismo camino se va a todas partes. Al revés de lo que piensa el sentido común, que cree que todos los caminos pueden llevar al mismo punto. Descartes consagró el método matemático como universal.»⁵

En relación al método de Descartes, nos ha llamado la atención, el texto del historiador de la matemática Karl Boyer de donde se podría descubrir, ya desde sus orígenes, una incongruencia o falacia respecto de la legitimidad y/o universalidad del método como consecuencia sus resultados positivos en la geometría analítica. Por un lado, «*La filosofía y la ciencia de Descartes eran ciertamente revolucionarias en su ruptura con el pasado; su matemática, en cambio, estaba más ligada a las tradiciones anteriores*». Por otro lado,

«*La géométrie no se presentó al público matemático como un tratado independiente, sino como uno de los tres apéndices al Discours de la méthode, en los que Descartes intentaba dar ejemplos de la aplicación de su método filosófico general. Los otros dos apéndices eran La dioptrique, que contenía, entre otras cosas, la primera exposición publicada de la ley de la refracción (descubierta anteriormente por Snell), y Les météores, que incluían la primera explicación cuantitativa satisfactoria del arco iris. Los sucesores de Descartes no consiguieron ver con claridad en qué sentido exactamente estaban relacionados los tres apéndices citados con su, método general, y por lo tanto en las ediciones posteriores del Discours casi siempre se omitieron.*»⁶

- b. Reconocer que las ciencias matemáticas son capaces de alcanzar certeza.

El artículo de Julio Garrido, ya citado, y la obra del actual matemático austriaco James Franklin titulada “An Aristotelian Realist Philosophy of Mathematics: Mathematics as the Science of Quantity and Structure” pueden ser referencias significativas, en esta dirección, de reconocer como las matemáticas son capaces de alcanzar certeza.

Aclarado que la realidad no se agota en la *cantidad* o en la *estructura* que estudia la ciencia matemática, debemos ahora dar crédito de certeza a los descubrimientos de la ciencia matemática. Respecto de las matemáticas más elementales (la matemática del colegio secundario), es bastante clara su referencia

⁵ROSADO, Juan José. “Etienne Gilson. In memoriam”. Anuario Filosófico, 1978 (11), p. 10.

⁶BOYER Karl. *Historia de las Matemáticas*, Alianza Editorial, 1999, pp. 425, 426.

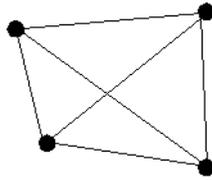


Figura 1: Parejas con cuatro objetos

a lo real y su certeza.⁷ Uno, entre tantos ejemplos, sería preguntarse cuántas parejas puedo formar con cuatro objetos, como muestra la figura 1.

La respuesta será 6 con una certeza indiscutible. Además, somos capaces de arribar a una afirmación universal, de certeza indiscutible:

«con n objetos podremos formar $n(n-1)/2$ parejas, para cualquier cantidad n de objetos.»⁸

El negar la posibilidad de certeza en las ciencias matemáticas puede encontrar respaldo cuando se la presenta como una ciencia hipotética deductiva a partir de determinados axiomas. Pero hay que dejar en claro tres aspectos para no caer en este error,

- existen conocimientos matemáticos de certeza incuestionable que no tienen necesidad de ser descrito en un marco hipotético-axiomático.
- Si bien los axiomas toman aspectos formales y convencionales, muchas veces, estos han sido determinados en orden a captar o explicitar algún aspecto de lo real.
- unas de las finalidades de reconocer el carácter hipotético-axiomático de ciertos conocimientos es dar una mejor organización de los mismo, pero de ello no se debe seguir necesariamente que dichos conocimientos no puedan alcanzar certeza sobre lo real.

Sólo a modo de ejemplo, citaremos a Bertrand Russell (1872-1970), matemático reconocido del siglo XX que atestigua la vigencia del rechazo de la certeza en la ciencias matemáticas y su consecuencia, una postura constructivista-relativista; *«Las matemáticas pueden ser definidas como aquel tema del cual no sabemos nunca lo que decimos ni si lo que decimos es verdadero.»*

⁷En el apéndice presentamos algunas reflexiones sobre las matemáticas superiores.

⁸Claro está, que de esta afirmación, no debemos pretender conclusiones respecto de las características esenciales de los objetos que estamos considerando.

En resumen, una recta filosofía y epistemología de la matemática encuentra su primer fundamento en la *cantidad* y su *estructura* que es un accidente (real) que se da en el mundo material. Este fundamento lleva a reconocer los límites y certezas de la ciencia matemática evitando por un lado caer en una absolutización del conocimiento matemático con el consiguiente desprecio de otros conocimientos no matemáticos y por otro en un constructivismo relativista en las matemáticas, negando el vínculo de la matemática con lo real.

II. Propuesta de aspectos generales para una educación de la matemática desde una filosofía realista.

En este apartado propondremos cinco aspectos generales a resaltar en la enseñanza de la matemática en la escuela primaria y secundaria, transversales a los contenidos conceptuales, para que los alumnos se hagan de esta ciencia un concepción realista, siguiendo la lección del gran filósofo realista Etienne Gilson «*Volwamos a las cosas mismas*», en donde la matemática nos permite conocer con certeza determinado aspecto de la realidad material sin pretender que este conocimiento sea el único posible de certeza. El desafío sería resaltar alguno (o todos dependiendo el tema) de los siguientes aspectos en cada uno de los temas que hacen al programa de matemática del colegio;

- a. *Referencia a lo real*: En general las estructuras matemáticas tienen una referencia a lo real que puede ser más o menos explicitada de acuerdo al grado de abstracción en que nos encontramos. Es importante explicitar esta referencia a los alumnos.
- b. *Belleza y orden*: Mostrar cómo el conocimiento matemático nos descubre ciertos aspectos de la belleza y el orden de la naturaleza. La admiración por el orden, hermosura y sabiduría que resplandecen en la creación, sin duda, despertará en los alumnos el sentido de la admiración ante la grandeza de la obra divina, admiración que es una de las mejores introducciones a la contemplación y cultivo de la vida de virtud. En esta dirección el artículo “Dio e la Matematica” de Francesco Agnoli ⁹. Las siguientes citas pueden ser orientativas en este punto.

*Ennio De Giorgi (1928-1996): «el mundo está hecho de cosas visibles e invisibles y la matemática tiene quizás una capacidad, única entre las otras ciencias, de pasar de la observación de las cosas visibles a la imaginación de las cosas invisibles».*¹⁰

*San Buenaventura, el que escribía: «todas las cosas pues son bonitas y en cierto modo encantadoras; y no hay belleza y deleite sin proporción, y la proporción se encuentra en primer lugar en los números: es necesario que todas las cosas tengan una proporción numérica y, por consiguiente, el número es el modelo principal en la mente del Creador y el principal vestigio que, en las cosas, conduce a la Sabiduría».*¹¹

⁹AGNOLI, Francesco. *Dio e la Matematica*, Ethical Flash. BOLLETTINO U.C.F.I, Verona 2012.

¹⁰Ennio De Giorgi fue uno de los más influyentes matemáticos italiano del siglo XX. La cita es tomada del artículo de Francesco Agnoli ya citado, pág 1.

¹¹STEFANO ZECCHI, *Historia de la estética*, vol. I, El Molino, Bolonia, 1995, p. 159. La cita es tomada del artículo de Francesco Agnoli ya citado, p. 2.

- c. *Historia*: Junto con los contenidos mostrar la historia en que han surgido y evolucionado los conocimientos matemáticos. Esto permitirá a los estudiantes descubrir y conocer como los conceptos y teorías que hoy estudiamos hunden sus raíces en distintos aspectos de la realidad, prácticos o especulativos que han interesado y preocupado al conocimiento humano a través del tiempo. También, esto podrá ser usado como herramienta didáctica para motivar la educación matemática desde problemas reales. Por otro lado, esto también dejará en evidencia cómo, muchos conocimientos matemáticos han sido descubiertos por hombres profundamente religiosos. Mostrando la complementariedad y concordancia entre la ciencia y la Fe.
- d. *Ejercicio del raciocinio, la deducción y la abstracción*: Por medio de la enseñanza de la matemática se prepara a los alumnos para enfrentar problemas de orden lógico deductivo. Remarcando que la deducción lógica no implica un distanciamiento de la realidad, sino una mayor profundización de ciertos aspectos estructurales. Esta destreza será de utilidad para enfrentar otros problemas que se planteen fuera del ambiente matemático. Una actitud de humildad y esfuerzo ante los problemas difíciles de resolver puede ser puesta en práctica. Como ya lo reconocían los grandes filósofos griegos *las matemáticas son una gimnasia del espíritu y una preparación para la filosofía*.
- e. *Aplicaciones*. Presentar algunas aplicaciones que son el resultado de la modelación matemática. Esto ayuda a conectar, desde otro punto de vista, las matemáticas con la realidad. Desde este aspecto se propone la matemática como una herramienta útil para futuras actividades profesionales, siendo esta una finalidad práctica de la enseñanza de la matemática.

Los números enteros

En este apartado intentaremos ejemplificar los aspectos destacados anteriormente en el caso particular del tema de los números enteros. Al momento de poner dichos aspectos en práctica se abrirán muchas posibilidades y las que presentamos aquí son sólo a modo de ejemplo y orientación.

1. *Referencia a lo real*. Los números negativos son una generalización de los números positivos, para representar cuando una magnitud o cantidad puede variar incrementalmente por encima o por debajo de un punto de referencia, usualmente representado por el cero. A modo de ejemplo tenemos que los números positivos y negativos encuentran primeramente una referencia en:
 - las operaciones comerciales en las cuales los agentes tienen dinero y deudas. Con los números positivos se representa el dinero que se tiene y con los negativos las deudas.

- El sentido o dirección en que se mide una magnitud, en tanto que magnitud orientada. Por ejemplo:
 - Las alturas y profundidades a nivel del mar. En este ejemplo el cero, si bien tiene algo de convencional, tiene una referencia muy real, el nivel del mar.
 - Las temperaturas sobre cero y bajo cero. Nuevamente el cero, si bien tiene algo de convencional, tiene una referencia muy real, la temperatura a la cual el agua se congela.

Una pregunta que podría surgir naturalmente es ¿Qué relación con la realidad tiene la propiedad (o definición) de que más por menos es menos? A lo cual podemos responder que esto es una deducción lógica a partir de la propiedad distributiva del producto respecto de la suma de los números naturales (una propiedad fundamentada en el significado real del producto). La deducción se basa en probar que $1(-1)$ es el opuesto aditivo de 1 y por lo tanto debe valer -1 , veamos cómo sigue, $1 + 1(-1) = 1 + 1(-1) = 1(1 + (-1)) = 1 \cdot 0 = 0$ donde en la primera igualdad utilizamos que $1=1 \times 1$, en la segunda la propiedad distributiva del producto respecto de la suma y en la tercera el hecho que $1 + (-1) = 0$. Creemos que, este ejemplo aunque sencillo, muestra que aunque la referencia a lo real de una determinada propiedad matemática sea indirecta esta referencia puede ser explicitada o deducida lógicamente.

2. *Belleza y orden.* La belleza y el orden en el ciclo del agua, que es uno de los aspectos naturales fundamentales que hace que nuestro planeta se mantenga con su riqueza y diversidad de vida. Los cambios de estado (líquido, gaseoso y sólido) se dan de manera ordenada en la naturaleza y la temperatura, que expresamos en números positivos y negativos, es un dato que permite, bajo algún aspecto, conocerlos, describirlo e incluso modificarlo. Dicho lo anterior, debemos reconocer que la belleza y el orden del ciclo del agua en la naturaleza superan ampliamente lo que podemos expresar con ciertos datos numéricos que representa temperaturas (aquí queda de manifiesto los límites de *la cantidad*). En general el aspecto de la *belleza* y el *orden* siempre tendrá las mismas características que en el caso que acabamos de describir; a saber; no podemos con el dato de la cantidad (o de la matemática) agotar la belleza y el orden de lo real, pero si asomarnos aunque sea limitadamente a contemplar esta belleza y orden.
3. *Historia.* La idea de los números negativos no parece haber ocasionado muchas dificultades a los chinos, puesto que estaban acostumbrados a calcular utilizando dos conjuntos de varillas, uno de color rojo para representar números o coeficientes positivos y el otro de color negro para los negativos. (300 a. C). La primera vez que aparece sistematizada la aritmética de los números negativos y del cero es en la obra de Brahmagupta (India 598 d.C.).

«Positivo dividido por positivo, o negativo por negativo, es afirmativo. Cifra dividido por cifra es nada. Positivo dividido por negativo es negativo. Negativo dividido por afirmativo es negativo. Positivo o negativo dividido por cifra es una fracción»

que la tiene por denominador ».¹²

Los árabes tuvieron que estar familiarizado por lo menos con las partes astronómicas y computacionales de la obra de Brahmagupta, y, sin embargo, ni Al-Khowarizmi ni otros matemáticos árabes hacen uso de la sincopación ni de los números negativos.

Nicolás Oresme (Francia 1323-1382), fue un genio intelectual perteneciente a la escolástica tardía. Fue también un teólogo reconocido y obispo de Lisieux, además traductor y consejero del rey Carlos V de Francia. A él le debemos las conocidas propiedades de las potencias para número positivos que luego se extendieron a los números negativos

$$n^r n^q = n^{(r+q)}$$

$$(n^r)^q = n^{(r \times q)}$$

Michael Stifel (Alemania 1487-1567), que había sido monje y que se convirtió en un predicador luterano itinerante y, durante un cierto tiempo, en profesor de matemáticas en Jena, fue uno de los muchos escritores que popularizó los símbolos «*germánicos*» + y - ; a expensas de la notación «*italiana*» de la p y la m. Finalmente a finales del siglo XVIII se logró dar una interpretación más general de los números enteros, entre quienes se destacaron Rafael Bombelli (Bologna, 1526 - Roma, 1572) y Simon Stevin (1548-1620, Países Bajos), entre muchos otros.

4. Ejercicio del raciocinio, la deducción y la abstracción

- Ver la observación de que más por menos es menos presentada en el punto 1) de esta ejemplificación.
- Ver y discutir las propiedades generales de las potencias de números enteros presentadas en el punto 3) de esta ejemplificación.
- Operaciones con números enteros.
- Si n es par y m es un entero, entonces $(m)n$ es par. Un enunciado hipotético deductivo que tiene una certeza indiscutible. Respecto de mundo real un podría decir que si tenemos cuatro manzanas dos rojas y dos verde, entonces cuando tengamos 16 grupos como estos también tendremos la misma cantidad de manzanas rojas que verdes.

¹²BOYER, Karl, op. cit., p. 285.

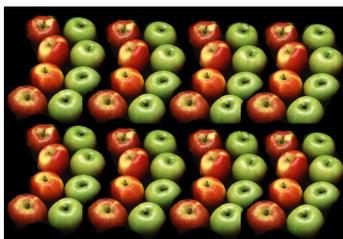


Figura 2: Ejemplo de raciocinio

5. *Aplicaciones*. Este punto, en general es más sencillo y aparece con abundante frecuencia y riqueza en la bibliografía y por ello no nos detendremos en ello.

III. El cultivo de las virtudes en la educación matemática

*«La resolución de problemas es una capacidad que debe atravesar todo el diseño curricular y proveer el contexto en el cual los saberes y las actitudes pueden ser aprendidos».*¹³

Entiendo que la frase anterior será compartida por muchos de los docentes de matemática del nivel secundario pero creo que algunas aclaraciones son necesarias para no tener sólo una mirada pragmática de la misma. En un primer sentido esta frase nos lleva desde luego a pensar en la resolución de problemas concretos del aula de matemática que pueden tener una referencia más o menos cercana en el mundo real. Pero en un sentido más amplio debe formar en nuestros alumnos hábitos para enfrentar problemas, preguntas e interrogantes más profunda sobre su vida, su existencia y su fin, preguntas que siempre han sido el motor natural que ha movido al hombre a la búsqueda del conocimiento y la verdad. Teniendo esto presente y no desvirtuando y/o desacreditando esta búsqueda genuina del hombre, la “resolución de problemas” llevada a cabo en el aula de matemáticas debe apuntar, potenciar y preparar para que el alumno vaya *«advirtiendo que se podrá reencontrar con esfuerzos semejantes cuando, ya adulto, trate de modelar, por medio de la reflexión, su vida y la ciudad terrestre en conformidad con la vida de virtud y la búsqueda del bien.»*¹⁴ Así siguiendo al P. Alfredo Sáenz decimos que la matemática

«ayuda a crear en el alumno el hábito de la exactitud al tiempo que le permite tener experiencia de la “medida” de las cosas...Si el profesor posee sabiduría cristiana, sabrá despertar en sus alumnos el culto de la verdad desinteresada, les inspirará el sentido del rigor intelectual. Las matemáticas exigen una suerte de ascética no ciertamente extraña al orden cristiano (a la práctica de la virtud). Esta ascética está tejida de atención a la realidad dada, de método, de humildad, de perseverancia, de anhelo de precisión y concisión. Además, la belleza y elegancia de ciertas demostraciones, lo conducirán a veces al silencio interior. Esa contemplación admirativa, ese contacto con un valor que linda con lo absoluto, provoca una dilatación interior, una sublimación, una purificación que no carece de analogía y afinidad con la plegaria. Sólo habrá que cuidar que el “esprit de géométrie” no

¹³BOYER, Karl, *historia de las matemáticas*, Alianza Editorial, 1999, pp. 425-426.

¹⁴SAENZ, Alfredo. *Evangelizar Desde la Cátedra*. Ediciones Mikael, Paraná, 1982, p. 11.

extinga el “esprit de finesse”, según la conocida expresión de Pascal ».¹⁵

Nos es un dato menor que reconocidos Matemáticos han sido hombres profundamente religiosos, como por ejemplo; Boecio, Nicolas Oresme, Bonaventura Cavallieri, Fermat, Pascal, Cauchy, Ennio De Giorgi, entre muchísimos otros.

¹⁵Ibid. El paréntesis es nuestro.

APÉNDICE

Sobre las matemáticas superiores: abstracción de abstracciones.

Como hemos dicho en el resumen, este artículo está pensado para dar algunos aspectos generales a destacar en la enseñanza de la matemática en el nivel medio y no de las matemáticas superiores. Sin embargo, hemos querido introducir un Apéndice sobre estas últimas con el objetivo de presentar unas breves referencias generales, que podrían ser de relevancia para tratar el tema de los límites y certezas de las matemáticas superiores. Las referencias son tomadas, todas ellas, del texto ya citado de Julio Garrido

*«En la abstracción física, se consideran las cualidades sensibles de las cosas prescindiendo de los caracteres individuales. Por ejemplo, el peso, la temperatura, las reacciones entre los cuerpos, las transformaciones etc. En la abstracción matemática se considera la cantidad, las relaciones de estructura de las partes y las regularidades expresadas por cantidades. En la abstracción metafísica se considera el ser del objeto prescindiendo de la calidad y de la cantidad: analizando el hecho de existir, el tipo de ser, la sustancia y el accidente, la potencia y el acto, etc.,... ».*¹⁶

*«Las ciencias de la naturaleza hacen uso de los dos primeros grados de abstracción, pero estas dos modalidades del conocimiento (ciencias de la naturaleza y matemáticas), a pesar de ser distintas, están en la práctica muchas veces mezcladas pues resultan de la conjunción de los datos obtenidos sobre un cierto número de hechos que se deben explicar (primer grado de abstracción) con una teoría matemática que depende del segundo grado de abstracción. La teoría suministra una forma en la cual deben alojarse los hechos reales; la construcción de esta forma se hace independientemente de los hechos experimentales y por mera deducción racional. Las formas matemáticas tienen, cuando están correctamente construidas, una certeza indiscutible, pero con respecto a una realidad determinada pueden ser ciertas, falsas o aproximadas según sea su adecuación con la realidad que buscan explicar ».*¹⁷

*«Si confeccionamos un catálogo de las formas matemáticas necesarias o útiles para interpretar la realidad, nos encontramos con que entre los diferentes elementos de este catálogo se pueden encontrar relaciones y así surgen nuevas formas matemáticas que constituyen formas de un nivel más elevado todavía, pues tratan, no de unificar diversos aspectos de primer grado de abstracción con una forma común, sino diversas formas del segundo grado de abstracción en una doctrina unitaria. Esto es lo que pretende ejecutar la «matemática moderna» de un modo definitivo llegando a la abstracción de las abstracciones y a teoría de las teorías. Esta empresa es no sólo legítima, sino útil y brillante, porque no se deben poner límites a los desarrollos intelectuales especulativos, pero no debe erigirse en algo exclusivo y definitivo, sino que es uno de tantos intentos interesantes y útiles en determinadas circunstancias. ...Los especialistas serios están todos de acuerdo en admitir que las matemáticas constituyen una ciencia continua que ha evolucionado hacia conceptos cada vez más generales de carácter unificador, pero cuya diversidad es un hecho que no se puede ni se debe negar. Es completamente ilusorio el querer deducir de la matemática moderna argumentos en favor de un historicismo dialéctico que opone lo moderno a lo antiguo y en el que éste es abolido por aquél por ser necesariamente superior. »*¹⁸ *El querer dar demasiada importancia a la unidad conceptual tiene el inconveniente de contribuir a cortar las relaciones entre las matemáticas y la realidad y lanzarse a una especie de nominalismo cuyo fin puede ser parecido a la degeneración de la escolástica que acabó en discusiones y cuestiones estériles alejadas de todo saber positivo. Es cierto que estas matemáticas puramente conceptuales (...), pueden servir para ejecutar una gimnasia intelectual que fortifica el arte y la práctica de pensar,*

¹⁶GARRIDO, Julio, op. cit. p. 400.

¹⁷Ibidem., p. 401.

¹⁸El famoso libro de Historia de las Matemáticas (Alianza Editorial 1999) de Karl Boyer se pueden hallar ciertos argumentos que atestiguan esta continuidad. Por ejemplo, en la página 71 al hablarnos de los orígenes del mundo griego (en torno a la matemática) «No hubo, desde luego, ninguna ruptura clara y definida que señalase la transición en la hegemonía intelectual desde los valles del Nilo y del Eufrates y Tigris a las costas del Mediterráneo, pues el tiempo y la historia fluyen de una manera continua y las condiciones cambiantes vienen siempre asociadas a causas que las precedieron». Luego, más claramente, en la página 425 leemos que «La filosofía y la ciencia de Descartes eran ciertamente revolucionarias en su ruptura con el pasado; su matemática, en cambio, estaba más ligada a las tradiciones anteriores [...] Probablemente también, y en mayor medida, fue el resultado natural del hecho de que el crecimiento de la matemática consiste más en una acumulación progresiva que en el caso del desarrollo de otras ramas del saber. La matemática crece generalmente por acumulaciones sucesivas, en las que raramente se necesita desechar partes innecesarias...»

*pero la cuestión está en saber si esta gimnasia y este fortalecimiento no se pueden hacer también en otros campos más fructíferos y esta cuestión nos lleva al problema pedagógico y de nuevo a la reforma de la enseñanza. ».*¹⁹

En una lectura atenta de estas citas, creemos que podemos deducir que también en las matemáticas superiores debemos reconocer sus límites y certezas. Aunque estas hayan crecido en su grado de abstracción y generalidad su punto de partida siempre será la *cantidad, las relaciones de estructura de las partes y las regularidades expresadas por cantidades*. Luego, tenemos que por un lado nunca se podrá prescindir de los otros del primero (físico) y tercer (metafísico) grado de abstracción, sin correr un serio riesgo de recortar o empobrecer la realidad. Por otro lado, como su punto de partida son abstracciones que se han derivado de lo real y sus conclusiones se han ido obtenido a partir de estas por deducciones racionales, no debemos, a priori, negar su referencia a lo real (al menos bajo algún aspecto) y la posibilidad de alcanzar certeza sobre dicha referencia.

¹⁹GARRIDO, Julio. op. cit., p. 402.